

Jardín *de* peçes

María José Monsón.



PROYECTO

Almendra





Jardín *de* peces

María José Monsón



P R O Y E C T O

Almendra





Proyecto Almendra

Miguel Ángel Galván Panzi, coordinador del proyecto

Edición *Édgar Roberto Mena López*
Consejo editorial *Nancy Mora Canchola,*
Alejandro Espinosa Gaona, Alejandro Baca

Formación y diseño de portada *Karla Noemi Pineda Daza*

Proyecto PB 402015

*Proyectos Editoriales, Departamento de Impresiones
de CCH Naucalpan.*

*Calzada de Los Remedios 10, Colonia Los Remedios,
Naucalpan, México, CP 53400.*

Jardín de flores

Primera edición, diciembre de 2018

© *Rafael Galván Ledo*

© 2018, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
*Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,
CP 04510, Ciudad de México.*

*“Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin
la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales”.*

Impreso y hecho en México.





Jardín *de* peces

María José Monsón



P R O Y E C T O

Almendra







Uno

CUANDO NATHAN se quedaba sentado contra la pared, tomando con fuerza sus piernas contra sú pecho y escuchando las voces que venían del primer piso, se preguntaba si los peluches de su cama sentían el mismo miedo que él. No se atrevía a subir a la cama, pues sabía que su padre era el único monstruo del que su enorme cobija de lana peluda no le podría alejar, en su mente se imaginaba que era porque él no tenía ninguna clase de colmillos o garras, pero fuera por la razón que fuera, la cama ya estaba descartada como un posible refugio en caso de que las cosas con sus padres dejaran la cocina como escenario, siendo que seguramente su habitación sería su primera opción y la cama el lugar donde su padre llegaría de inmediato a buscar. No, él estaba bien sentado ahí en la esquina, oculto entre el ropero y el enorme bote de sus zapatos, donde la oscuridad que dejaba el foco dormido de la habitación y la ventana cerrada





le permitía pensar en que solo sus peluches de cabeza torcida le verían.

Y es que justo sus miradas huecas y sonrientes eran lo que le dejaba esa duda; los rugidos de su padre contra la voz tímida intentando sonar fuerte de su madre retumbaban entre muro y muro. Sus palabras se escuchaban distorsionadas en el piso de abajo con el disco de su madre aún sonando, pues estas se mezclaban con la melodía de Nina Simone cantando “ain’t got no, i got life” como si no pasara una guerra a un lado. Aun así sus muñecos solo le miraban a él, solo le sonreían a él. ¿No les daba miedo? ¿No temían que alguien del doble de su tamaño entrara a partirles a la mitad si no se movían? Por supuesto que no, dentro de unos cuantos años se regañaría a sí mismo por pensar que un par de objetos tendrían miedo de algo así, pero en ese momento, con su pequeña mente de diez años concentrado en los ojos de botón de los muñecos en la cama, le parecía de lo más lógico del mundo. Tal vez no era su culpa, los muñecos le miraban silenciosos, escudriñando en lo profundo de su cabeza por un solo pensamiento que les fuera útil, en busca de cualquier sentimiento que les sirva para rellenar sus vacíos interiores. Los juguetes normales se llenaban con el cariño que los niños les daban, pero Nathan no, Nathan no podía dormir con uno de esos pequeños mirones a su lado,





y en venganza los juguetes le juzgaban desde sus polvorientos sitios, teniendo lastima del miedo que un monstruos sin cuernos o garras le causaba.

Su mirada pasó a la única muñeca de porcelana que su madre tenía en el cuarto, esa de cabellos rubios trenzados y de vestido azul que le miraba con una sonrisa petulante, la única sobre de las repisas que le miraba igual o más que sus juguetes, le parecía aterradora y entendía por qué su padre no le quería en su habitación. Ella no sentía lastima por él, por supuesto que no, estaba demasiado arriba en las repisas como para sentir lastima, ella le miraba con burla, queriendoreírse a pleno pulmón de sus pequeños temblores en la oscuridad, mirando fijo a donde estaba para arrancarle la envoltura de sombras para verlo temblar y lloriquear como realmente lo quería hacer.

Se quedó tan metido en sus ojos y en los de botón de la cama que tardó un poco más de lo habitual en notar el silencio que llegó de golpe, dejando a Nina Simone cantar con toda claridad ante la ausencia de las voces de sus padres. No había más rugidos o susurros tratando de ser gritos, solo la penetrante mirada de la muñeca, causándole pequeños temblores en su lugar.

Su cabeza se llenó de temor y dudas cuando los pasos de las escaleras se empezaron a escuchar más que cerca, se encogió aún más en su lugar tratando





de desaparecer en lo oscuro de la habitación. ¿Sería su padre? ¿Su madre? ¿Sería que al fin uno se cansó del otro? ¿Qué pasaría con él si eso pasaba?

Dio un pequeño respingo al escuchar los golpes siguientes, dos...tres...cuatro. Prefirió dejar de contarlos al escuchar uno aún más fuerte que el resto, dejando un sonido metálico penetrando en las paredes y en su cabeza. Dos segundos con el tamaño de años fueron suficientes para convencerle de que algo había pasado, algo horrible, algo que tal vez iría por él después. Se cubrió el rostro con ambas manos de solo escuchar la puerta ser abierta, su favorecedora y cálida oscuridad se derrumbó con el pequeño “clic” de la lámpara junto a su cama ser encendida, temblaba con brusquedad entre los pasos de la habitación más se acercaban a él, casi sin darse cuenta que estos eran ligeros y delicados, sutiles en comparación de los pequeños terremotos que daba el monstruo sin garras o cuernos. Un simple roce fue suficiente para ponerle en pánico de inmediato, empezando a gritar mientras pataleaba para pegarse más a la pared y alejarse de quien apenas y rozó sus pequeños brazos con los ojos cerrados.

— ¡Soy yo, no grites mi vida!— Escuchó decir de forma rápida la agitada voz de su madre.

Tardo en descubrirse el rostro, pero en cuanto sus manos dejaron sus ojos pudo contemplar sin pro-





blema el miedo y el pánico en los de su madre, suficiente para que él se pusiera lentamente de pie para abrazarla, dejando a la mujer acariciarle el cabello de forma torpe y desesperada. Ya no estaba totalmente seguro de si eso era para ayudar a tranquilizarlo a él o tranquilizarse ella misma, pero la respiración de su madre iba disminuyendo de ritmo, iba calmándose poco a poco.

Nathan se agarró fuerte de su espalda cuando la mujer lo tomo de las piernas para cargarlo, se limitó a escuchar las palabras leves y tranquilizantes que su mamá decía aunque sintiera que eran más para ella misma; mientras le sacaba de la habitación pudo notar que ella ahora no llevaba tacones, sus pies descalzos dejaban tras de ella huellas de un color carmín, de un rojo intenso que apenas era notable en el color de las alfombras del pasillo. No dio palabra alguna sobre esto, tan solo guardo silencio mientras la música se iba alejando y avanzaban en el pasillo, mientras la mujer que lo cargaba iba dejando más huellas sin darse cuenta.

Se sorprendió de que entraran a la habitación que compartían sus papás, nunca lo habían dejado entrar ni dormir con ellos; su madre lo dejo sobre de la enorme cama de sábanas blancas y acaricio su cabeza, gracias a las lámparas encendidas de la habitación pudo notas como también había de esas pequeñas





manchas rojas en el rostro de su madre, estas se extendían por casi todo su rostro, algo que le recordó a esas galletas de vainilla con bolitas sabor cereza esparcidas por todos lados. Su madre le regalo otra triste sonrisa y le beso en la frente, creyó que algo de esa cosa roja le quedaría en la cara también, pero si así fue su madre no dijo nada al respecto.

— Hoy dormirás aquí—Susurro, el silencio era tan grande en esa parte de la casa que no necesito repetirlo.

Tan solo dejo otro beso pequeño en su cabeza y salió de la habitación con pasos lentos y pesados. Nathan solo miro las marcas que dejo al salir, ¿Se habría dado cuenta de que sus pisadas manchaban al salir? ¿Vería las que ya había dejado en el pasillo antes?

Se quedó quieto mirando el enorme tocador frente a la cama, el espejo de este era tan inmenso que se reflejaba toda la cama con él encima, se reflejaba la cabecera negra de la cama y el par de mesitas de noche a cada lado de la cama, cada una con sus lámparas y dos libros en la de la izquierda, se reflejaba incluso parte del enorme ropero en le pared de la derecha. Se quedó mirando la habitación completa desde el espejo, observando desde los curiosos grabados del ropero hasta la gran cantidad de perfumes y botellitas que había ahí en el tocador, finalmente llego a su propio reflejo, se tocó el rostro para palpar





ese moretón en su mejilla que ya casi desaparecía, ese que el monstruo sin colmillos ni cuernos le había hecho por tomar uno de sus relojes que dejó en la sala. Se tocó los brazos, donde la marca de dedos que en algún momento lo sujetaron con gran fuerza empezaban a ser casi invisibles.

Se estaba impacientando, en su habitación había miles de ojos que podía ver por horas, había una oscuridad que le cobijaba más que las sábanas de la cama, pero ahí ya no había nada, ya no había algo que le mantuviera con los ojos abiertos y se negaba a cerrarlos. Se levantó tratando de no pisar las huellas que su madre había dejado al salir, salió de la habitación y miró el pasillo completamente vacío y oscuro, una sensación casi placentera se hizo en su estómago, era miedo, pues el pasillo estaba tan desierto e iluminado que en cualquier momento el monstruo o su madre podrían salir de alguna de las habitaciones.

Aún con esa curiosa sensación en la boca del estómago se atrevió a avanzar en el pasillo, siguió las huellas casi negras que su madre había dejado antes, pasó a un lado de la puerta de su habitación y se preguntó si era mejor solo entrar y volver a esconderse entre las sombras, decidiendo casi de inmediato que la curiosidad por las extrañas huellas de su madre era más grande que las ganas de volver a su rincón. Siguió hasta llegar a las escaleras, las pisadas eran dobles





en los escalones, por lo que era obvio que su madre había vuelto a bajar después de dejarlo en la habitación; bajo esquivando las huellas y se detuvo en el último escalón, la voz de Nina Simone se seguía ahí presente, empezando a cantar “Feling Good” solo para él en cuanto toco el piso, siguió hasta llegar a la sala, quedándose quieto junto a uno de los sillones para ver el enorme desastre que había en la habitación.

Había mucho más de esa cosa roja que su madre antes tenía en el rostro y el vestido, entendía porque dejaba huellas, pues había un enorme charco del líquido rojo en medio de la sala, este estaba esparcido por toda la alfombra, los sillones blancos habían quedado tan salpicados como el rostro de su madre junto con algunos de los muros, se acercó a la gran mancha tratando de no ensuciarse también, el líquido era casi negro y se rasgaba de un lado, haciendo un enorme camino que fue siguiendo. Este cruzaba hasta la puerta del fondo, la cual llevaba hasta el sótano. Nina Simone se iba quedando callado, pues su canción ya casi terminaba y Nathan quería abrir la puerta por la que seguía el camino rojo, quería ver en que terminaba.

Cuando su mano rozo la perilla de la puerta esta empezó a moverse por sí sola, dio un paso para atrás justo antes de que se abriera, dejando a su madre aso-





marse con una mirada intranquila, extraña y emocionada, no cambio cuando lo noto ahí parado, tan solo se inclinó a su altura con la misma sonrisa torcida y lo tomo de los hombros sin notar que sus manos mancharon su ropa de carmín.

— Creí haberte dicho que dormirías en la habitación.

No dijo nada, quería preguntar qué era ese extraño camino rojo, quería preguntar por qué estaba toda pintada, pero al mismo tiempo no quería soltar palabra, no quería saber la respuesta, tampoco que su mamá hablara. La sensación en su estómago se hizo más grande cuando su madre la cargo de nuevo, se volvió a aferrar a su espalda por puro instinto; pasaron por la sala y miro otra vez el enorme desastre de líquido rojo, subieron por las escaleras y fue viendo como su padre volvía a pisar las huellas que había dejado sin darse cuenta, atravesaron el pasillo y vio la puerta de su habitación entreabierta, desde donde alguno de sus peluches aun trataban de escapar para seguir en su intento de sacarle una emoción.

Llegaron a la habitación y su madre volvió a dejarle sobre de la cama, esta vez quito las sabanas y lo acostó para cubrirlo con ellas. Se sentó a en la orilla de la cama y se estiro para apagar la luz, Nathan sintió como dejo en pequeño beso en su frente y como el colchón se volvía a sumir al ella sentarse de nuevo.





Nathan veía su sombra y sus ojos, estos le miraban con la cabeza ligeramente ladeada en medio de la oscuridad, sin moverse o decir un buenas noches.

Se quedó así, mirándolo el resto de la noche hasta que callo dormido





Dos

SI HABÍA una parte de su casa que Amelia Cabana realmente disfrutaba, ese era el invernadero, era la enorme jaula de cristal donde ocultaba su pequeña jungla personal. El lugar estaba conectado con la biblioteca de la casa y bastante cerca de la cocina, siendo solo un pasillo y las escalera de diferencia podía bajar y prepararse un té, tomar un libro de su estantería favorita y sentarse en la mesilla junto a sus plantas a leer sin ninguna interrupción más que las risas y las espontaneas risas de su pequeño Nathan. Al menos así era ahora, sin su marido ahí haciendo un alboroto por cada pequeña ridiculez. Eso le causó un escalofrío, justo estaba sentada junto a las plantas del invernadero, con guantes y una bolsa de tierra a un lado mientras miraba de forma fija la puerta de su bella jaula de cristal, casi esperando a que el gato negro y cazador que era Víctor abriera la puerta con suficiente fuerza para quebrarla, entrando y tomándola del cuello como con cada uno de sus rabietas.





— Pero te cansaste de eso ¿No es cierto?

Amelia giro la vista hasta el pequeño comedor que tenía en el invernadero, ahí, sentado con las piernas cruzadas y los codos recargados en la mesa, luciendo ese costoso traje negro de siempre con los zapatos de charol relucientes, Víctor le miraba sonriendo pretencioso, moviendo los dedos de un lado a otro sobre de la mesa. Amelia no se movió de su lugar, tan solo le mantuvo la mirada con el pecho queriéndole explotar, eso no era cierto ¿Verdad? Él no estaba ahí, Él estaba en el sótano, congelándose con el penetrante frio de la temporada.

— Si, me parece que también podría estar ahí — respondió Burlón a sus pensamientos, regalándole otra de esas sonrisas a las que por tantos años les tuvo miedo —Pero no es como si fueras a ir a revisar, no es como si te atrevieras a volver a ver lo que hiciste.

Víctor se levantó, ella por inercia se encogió en su lugar, tan solo mirándolo acercarse a paso sereno sin moverse. Se incoó a su altura, estaba segura de que lo haría de nuevo, que le acariciaría el rostro, quitaría los mechones que tuviera estorbando e iría bajando lenta y tentativamente, solo deteniéndose a acariciar su cuello apenas un segundo antes de empezar a hacer presión, de empezar susurrar a su oído que le quería mientras dejaba sus manos marcadas en su piel.

— Y pensar que lo mandaste todo al carajo por una puñetera canción—susurro a su oído





Suspiro aún sin moverse, cerrando los ojos tan solo un momento en su intento de tranquilizarse y de que sus manos dejaran de temblar. ¿Una puñetera canción? Claro que sí, solo eso les hacía falta a ambos para explotar ¿No es así? Solo una puñetera canción que ella no quiso cambiar. Un par de manos si llegaron a su cuello, pero estas eran tan pequeñas y dulces, suaves y delicadas que no tuvo miedo de que le presionaran o dejaran marca en ella.

— ¿Qué estás haciendo mamá?— preguntó de forma suave su pequeño cielo, sacándole de esa bola de pensamientos e imaginaciones negras para sonreírle.

Víctor había desaparecido de su vista, tan solo estaba Nathan, quien le regalaba otra de esas caóticas sonrisas.

—Nada— Respondió quitándose uno de los guantes llenos de tierra para acariciar el cabello de Nathan, sonriendo un poquito más al notar su ropa con manchas cafés y blancas — ¿Y tú? ¿Qué tanto estuviste haciendo?

—Te quería preparar un pastel...pero creo que no le caigo muy bien a la masa.

— ¡Ay mi vida!— enternecida, Amelia quitó un pequeño trozo de chocolate del cabello de Nathan.

— Vamos, podemos hacerlo entre los dos.

Se levantó y, tomando a Nathan de la mano mientras este se limpiaba la nariz con la mano llena





de harina, empezó a caminar a la cocina, topándose con que su hijo había dejado sus pisadas blancas en el camino hasta el invernadero. En la cocina no era algo mejor, era como si la masa se hubiese transformado y adueñado de cada rincón de la habitación, podría haber jurado que vio incluso algo de harina arriba de los estantes; miró a Nathan en busca de una explicación, a lo que el niño solo agachó la cabeza y empezó a mover sus pequeños pies con nervios, el pobre no quería un castigo por querer sorprender a su madre.

— Perdón, pero te dije que no le caigo bien a la masa—se justificó empezando a jugar con sus manos.

—Le agrades o no, tendrás que ayudarme a limpiar—ni siquiera logró sonar dura o molesta, su niño se veía demasiado tierno a sus ojos como para dejar de sonreírle.

Con un pequeño puchero de parte del niño empezaron a limpiar, Amelia tuvo que recogerse los rubios y alborotados cabellos en una coleta, empezando a barrer y quitar la masa y harina de la habitación mientras que Nathan lavaba los platos y trastos que había ensuciado, vio un sacacorchos ahí entre la espuma, ¿Para qué rayos lo habría usado el niño?

—Mamá— volvió a llamar su atención luego un ratito. — ¿Te puedo preguntar algo y no te enojas?

—Ya lo hiciste —respondió echado la harina ya botada la basura —Eso no, otra cosa.





—Adelante, pregunta.

— ¿Cuándo crees que papá regrese?

Amelia se quedó callada, estática con el recogedor aún en mano mientras su cabeza repetía la pregunta una y otra vez dentro de su cabeza. Cuando finalmente se giró para ver a su hijos se topó con que este le miraba rogando, casi triste, casi suplicando la respuesta que él quería escuchar.

— ¿Por qué quieres saber eso?— no noto lo asustada que sonó su propia voz. —Es que lo extraño.

De nuevo el silencio se quedó ganando entre ellos, Amelia ya no estaba segura de sí su hijo se había golpeado la cabeza o si solo estaba escuchando cosas que realmente no estaba diciendo. ¿Cómo podía extrañarle? ¿Cómo podía su hijo decir eso después de las noches que pasó viéndolo llorar por un grito de su padre? ¿Cómo podía decirlo cuando hace apenas dos noches estaba en una esquina con miedo a que el hombre lo encontrara?

— ¿Mamá?—pregunto de nuevo el niño, acercándose a jalar ligeramente su mano.

— ¿Dices que lo extrañas?— preguntó ella en respuesta, recibiendo solo un rápido asentimiento del niño. —Entonces no debe de tardar mucho en regresar.

Y no, si su pequeño Nathan quería a su padre ahí, entonces se encargaría de que el hombre regresara.







Tres

EL SER HUMANO podía ser extremadamente masoquista, disfrutar de los golpes y pedirlos con una sonrisa, llegando a haber personas que morirían felices por verse siendo despojados de la vida de formas brutales, enfermas y desgarradoras, llegando a haber gente extasiado con la idea de los golpes, del sufrimiento, e incluso de ser devorados. Hay personas con tal gusto por el dolor que les empezamos a llamar enfermos, que les empezamos a llamar trastornados e inhumanos por lo brutal de sus gustos y acciones, una etiqueta que da más miedo que los golpes mismos. Por qué ¿Realmente cómo se podía vivir aburrido cuando se podía morir placentero?, ¿Por qué buscar un lugar seguro cuando el sufrimiento y esa sensación de perdición en el estómago era tan hermoso, tan placentero?

Pero claro, se consideraba inhumano, se consideraba cruel y enfermo por quienes se negaban a aceptar lo bello de lo doloroso.





Nathan, inocente por su lado de lo que la sociedad podía o no pensar de un gusto tan íntimo, empezaba a ver de forma extraña sus brazos en las noches, quedando en vela por observar cada detalle de estos en busca de una marca que ya no estaba ahí. Se descubrió levantándose en medio de la madrugada a ocultarse detrás del bote de sus juguetes, debajo de la cama e incluso dentro del ropero; se descubrió esperando, cobijándose con su vieja amiga de penumbras mientras su respiración se le aceleraba, mientras trataba de que ese pánico ahora tan lejano se acercara de nuevo, asfixiándole, haciendo sus pulmones flaquear ante la simple idea de que la puerta se abriera.

No le funcionó, así que se decidió a salir de la habitación, pasando entre los pasillos con los pies descalzos. Era como una de esas películas de terror que su madre a veces le dejaba ver, donde el protagonista se adentraba a la casa embrujada a dar cara al enorme monstruo que lo atormentaba; solo que él no iba a darle cara, a él le habían quitado ese tormento sin pedirlo, y justo ese era el problema, que nunca pidió que se lo quitaran. Entre los pasillos sentía que su papá venía detrás, pero al darse vuelta no encontraba nada, ya nadie le asechaba. Tampoco se sintió satisfecho, por lo que se volvió a encerrar en su habitación con un peluche frente a él todo el tiempo, queriendo que le mirara como cuando





estaba tratando de averiguar si sentía miedo, como cuando ellos y las muñecas le tenían pena desde los estantes, pero los muy condenados habían perdido su interés en él, ya no buscaban ninguna emoción, ya no había algo en esos ojos de botón o porcelana que le quisieran dejar vacío. Nada servía, nada le dejaba satisfecho, por lo que, sin darse cuenta, se quedó vagando no solo por los pasillos, sino por toda la casa, entrando a cada habitación y quedándose dentro no más de dos minutos antes de salir y pasar un par de veces por el mismo pasillo antes de entrar a la siguiente. Se descubrió quedándose un tiempo más largo de lo habitual en la habitación donde los animales que su madre disecaba estaban, quedándose quieto ante las miradas de estos como si fueran sus muñecos; encontró su cuerpo colándose detrás de uno de los sillones de la habitación, encontró su nariz y sus mejillas aguantando la respiración hasta que casi se sentía desfallecer, encontró sus manos queriendo temblar y moverse por pánico que no tenían. Encontró su conciencia esperando a un monstruo sin colmillos o garras.

Pero ¿Por qué nunca llegaba? ¿Por qué de repente de una noche a la otra le dejaba con esa aburrida y tediosa paz? ¿Sería que se había aburrido de sus gritos? Se cansó de pensarlo y se rindió con la idea de que el monstruo tal vez no pensaba que pusiera aguantar, que lo veía demasiado pequeño para seguir. Con esto





en mente se logró escapar de la mirada vigilante de su madre durante una tarde, aún era época de nieve y las ventanas se ponían pálidas, pero no lo pensó, tan solo salió a la calle con solo la pijama puesta y se sentó sobre la banqueta, completamente convencido de que aguantaría el frío el tiempo suficiente para que el monstruo volviera. Aguanto media hora en medio del congelante clima antes de empezar a escuchar los desesperados gritos de su madre buscándolo dentro de la casa, esto más otros quince minutos que tardó en darse cuenta de que estaba afuera y salió para meterlo de nuevo a la casa. El frío le había dejado los brazos y las piernas tiesas, dolía, dolía tan terriblemente que no se le borro la sonrisa hasta que sintió que podía mover de nuevo los brazos.

Pero seguía sin ser lo mismo, seguía sin ser el monstruo sin cuernos o garras, seguía siendo solo un clima que dentro de algunos meses ya no podría utilizar, además de que no podía estar tanto como le gustaría en el frío por su madre.

No fue hasta un tiempo después de confesar que extrañaba a su padre que su mamá lo encontró metido en la habitación de los animales disecados, hecho bolita en medio de la noche sin saber que el simple hecho de abrir la puerta de la habitación le dio la esperanza envuelta en miedo de que este fuera su padre. La mujer, mirándolo apenas le tomó de la mano con delicadeza para sacarle de su agujero





justo como lo hacía antes, cargándole con una pequeña sonrisa, una muy diferente a la que estaba acostumbrado a ver.

—Mi vida, te tengo un regalo —dijo llamando su atención con el curioso apodo, distrayéndolo de las miradas de los animales disecados que se iban quedando atrás.

No dijo nada, si aún fuera de día quizá se habría esforzado por preguntar de lo que se trataba, pero a las tres de la mañana y después de haber permanecido con los ojos abiertos para mantenerle la mirada a un animal disecado no podía dar palabra sin que sintiera que los ojos se le cerraban, especialmente con lo cálida que era su madre al abrazarle así. Mientras que su madre le cargaba se miró los brazos, estaban limpios, no había un solo corte o marca en ellos y eso le empezaba a desagradar de sobremanera; ya arto se empezó a rascar con todas sus fuerzas, su madre estaba más que metida en su mundo, pues no pareció notar la brusquedad con la que se empezaba a dejar rojos los brazos, la brusquedad con la que se empezaba a rasgar la piel. Sonrió ahí mismo, aumentando la velocidad con la que movía las manos contra sus brazos solo para sentir ese placentero ardor tan solo un poquito más.

Se detuvo solo cuando sintió como su madre le bajaba de sus brazos, haciendo una pequeña mueca de molestia al no poder seguir rasguñándose sin





importar que el ardor en sus brazos ya era de por sí enorme, así como el intenso color rojo en ellos. Su madre tampoco pareció notarlo, tan solo le sonreía mientras le trataba de acomodar el cabello tras de la oreja. Ahora podía notar que estaban en la biblioteca justo junto a la puerta del amado invernadero de su mamá.

— ¿Quieres ver a tu papá?—preguntó mientras se colocaba junto a la puerta del invernadero, Nathan asintió sin moverse de donde lo dejó— Entra.

Nathan miró por unos segundos más la puerta, apenas dio unos pasos para acercarse con duda, esa puerta siempre estaba cerrada para él, pues según su padre era solo para diversión de él y su madre aun a pesar de ser parte del invernadero. Se impresionó porque la puerta se abiera en cuanto la empujó, el invernadero no era demasiado grande en comparación a los enormes que había en el pueblo, pero aun así tuvo que dar exactamente quince pasos entre las plantas que había para lograr ver la sorpresa que le dejó de nuevo inmóvil en su lugar.

En medio de la habitación, aún rodeada por las plantas que su madre había hecho crecer de forma enorme en el lugar, había una pequeña mesa de vidrio con una taza de café en encima, está humeaba y era sujetada por quien estaba sentado junto a la mesa, con el cuerpo frío en su costoso traje negro. Se acercó a mirarlo, sus labios tenían una delgada





línea de hilo que los mantenían juntos y apenas eran visibles por su barba, su piel se veía más pálida de lo que recordaba y sus manos más sueltas que los constantes puños con los que antes les veía cargar. Aun así no le convencía del todo, de verdad parecía su padre, de verdad se sentía como él, pero había un pequeño detalle al que no supo darle nombre hasta ver sus ojos, los mismos que antes buscaban miedo en sus muñecos, los mismos que le veían petulantes en las muñecas y los mismos que en la habitación de los animales le retaban a mirar de forma fija.

Su padre ahora era como ellos, ahora él también miraba vacío en busca de arrancar emociones.

— ¿Te agrada?— preguntó su madre ahora tras de él, tomándole de los hombros mientras miraban al hombre —He tardado un poco, pero ahora está aquí, justo como querías.

— ¿Tú lo hiciste mamá?

— Así es, ahora tiene flores dentro de él, será mucho más dulce y no nos lastimará.

Nathan ladeó la cabeza mirando a quien sostenía sin sostener la taza sobre la mesa, ¿Más dulce? ¿O sea que no se movería? Por unos segundos hizo una mueca, ¿Quién le haría más moratones en los brazos si no se movía? ¿Quién le dejaría temblando en su habitación si él ahora era dulce? Su disgusto se empezó a ir al volver a mirar esos ojos, tan secos, tan fijos, tan hambrientos de una emoción, tan perdidos





que Nathan empezó a sonreír; tal vez su padre ya no fuera a ser quien le cerraba los pulmones en pánico y miedo, pero podía ser quien le exigiera esa emoción, quien le escudriñara el alma en busca de lo más enterrado, eso que ya ni sus juguetes lograban ver.

Su papá ahora era parte del jardín de flores y eso no le molestaba para nada, miro a su madre con una pequeña sonrisa, ella tenía la vista fija en su papá, sonriendo de solo pensar que ahora su esposo sería quien la tendría que escuchar, que no volvería a levantar sus puños para golpearla, tan solo la miraría con el mismo vacío que ella sentía al escucharlo a él. Nathan dejó de mirarla y empezó a ver hacia el resto de las flores del invernadero, había miles, había de muchos colores y de enormes tamaños, pero al fondo, junto a una de las bolsas de tierra que su madre siempre tenía ahí, había una planta de orquídeas rojas que se levantaba casi deprimida; Nathan camino hasta ella y arranco la única que se lograba alzar con algo de fuerza sobre de las otras tristes, se dio la vuelta, alzo la flor y cerro un ojo, viendo como sería si su madre tuviera la flor entre las manos, luego como se vería si la tuviera sobre la cabeza y sonrió.

Su madre creía que se había quitado un demonio de encima, que había logrado vaciarlo y rellenarlo de flores, porque solo así se limpia a un monstruo ¿No es cierto? Solo así se arrancaba la maldad, siendo que de ella crecía otra más grande.





Que bella que se vería su madre sentada junto a su padre, con miles de orquídeas como esa llenando su interior, con los ojos buscando arrancar una emoción.

Que bella que se vería su madre siendo parte del Jardín de flores.







Jardín *de* flores

de **María José Monsón**, editado por el Colegio de Ciencias y Humanidades Naucalpan, se terminó de imprimir en ??? de 2018 en los talleres de ???????.

La edición consta de 1000 ejemplares, se imprimió en papel cultural de 90 grs. para interiores y cartulina sulfatada de 12 grs. para los forros; en su composición se utilizó la familia tipográfica Cardo; la impresión es offset. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Édgar Mena y Michell Bernabé.

Este libro se publicó gracias al apoyo de la DGAPA, Proyecto Infocab PB 402015.





DIRECTORIO

UNAM

Dr. Enrique L. Graue Wiechers
Rector
Dr. Leonardo Lomeli Vanegas
Secretario General
Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez
Secretario Administrativo
Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa
Secretario de Desarrollo Institucional
Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo
Secretario de Prevención, Atención
y Seguridad Universitaria
Dra. Mónica González Contró
Abogada General
Mtro. Néstor Enrique Martínez Cristo
Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Benjamín Barajas Sánchez
Director General

CCH Naucalpan

Mtro. Keshava R. Quintanar Cano
Director
Mtro. Ciro Plata Monroy
Secretario General
Lic. Moisés Vázquez Tapia
Secretario Administrativo
Ing. Reyes Hugo Torres Merino
Secretario Académico
Mtra. Angélica Garcilazo Galnares
Secretaria Docente
Mtra. Rebeca Rosado Rostro
Secretaria de Servicios Estudiantiles
Mtra. Berenice Castillo González
Secretaria de Atención a la Comunidad
Ing. Verónica Berenice Ruiz Melgarejo
Secretaria de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje
C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez
Secretaria de Administración Escolar
Ing. Carmen Tenorio Chávez
Secretaria Técnica del Siladín
Lic. Reyna I. Valencia López
Coord. de Seguimiento y Planeación
Lic. Laura Margarita Bernardino Hernández
Jefa del Depto. de Comunicación
Mtro. Édgar Mena López
Jefe del Depto. de Impresiones

